

mucho de menos, tiene de los señores feudales dos cosas: una misantropía que le hace permanecer años y años sin traspasar los confines de sus montañas, y una afición desmedida á la caza.

Yo suelo acompañarle una ó dos temporadas al año, y como allí, á parte de consumir una pequeña porción de la rica bodega de su mansión señorial, no hay cosa mayor que hacer, me hago, aunque temporalmente, tan cazador como él.

Un día que como nunca habíamos puesto á prueba la fortaleza de nuestras piernas, saltando barrancos y escalando vericuetos, nos sorprendió la noche muy lejos de la casa palacio de los Aguilares, y como la luna era clara y la temperatura deliciosa, resolvimos tomar largo descanso antes de reanudar nuestra marcha.

El como fué, no sé; pero es lo cierto que después de haber consumido las provisiones que de la excursión nos quedaban, entramos en el terreno de las confidencias, y yo que rabiaba por averiguar de donde dimanaban las melancolías de mi amigo, le pregunté á quema ropa:

—¿Has amado alguna vez?

—Sí, respondió lacónica y tristemente.



Y después de unos momentos de silencio me interrogó á su vez.

—¿Y tú?

—No me atrevo á decirte que sí. Nunca he hallado una mujer que haga palpar mi corazón más de algunos segundos, y sin embargo, estoy enamorado de una mujer que solo existe en mis sueños.

Mi amigo me miró con una extraña mezcla de sorpresa y de lástima.

—En ninguna parte he visto á esa mujer, continué. Sé que no existe, y sin embargo siempre estoy esperando ver su forma vaga é insegura. Nunca he oído el metal de su voz, y á pesar de ello en mi corazón suenan sus ecos claros y distintos... Tú solo conoces mi secreto; á nadie se lo he dicho nunca, temeroso de que me tomen por loco. No se porqué creo yo que eres el único capaz de comprenderme. Si me he engañado, lo siento por tí.

De las pupilas de Jacinto Aguilar se deslizó una lágrima, me estrechó la mano y murmuró:

—Para que veas que te comprendo, voy á pagarte confesión con confesión. Escucha.

Y reclinando su cabeza en el tronco de un árbol, siguió:

Tú amas una sombra que nunca llegarás á tocar; no eres tan desdichado como piensas.

Yo he amado á una mujer, he robado á sus labios besos capaces de hacer enloquecer, y ¿sabes lo que he conseguido?

Matar, primero, su alma pura, después su hermoso cuerpo.

Yo que adoraba á aquella mujer, la hice mía; pero no pude hacerme dueño de su amor.

Al expirar me lo confesó.

Como tú, adoraba un ensueño.

Su amor entero era para un hombre que había visto, una sola vez, al cruzar por la celosía del convento en que fué educada.

Con él no había cruzado nunca su palabra; pero esperaba verle mas allá de la tumba.

—Reclinado en el mármol de mi sepulcro, me dijo al expirar, esperará mi corazón dormido á que él venga á posar un beso en mis labios... Enton-

ces despertará de su sueño, comenzará á latir y volverá á la vida para amarle como á nadie he amado.

Y repitiendo esas frases reclinó la cabeza sobre la almohada, me lanzó una postrer mirada, no sé si de odio ó de perdón, y dejó de existir.



## II.

Cuando mi dolor, prosiguió Jacinto, se mitigó un momento, mis celos, unos celos de ultra tumba, incapaces de definir, se apoderaron de mí.

Real y efectivamente creí que á su tumba llegaría aquel rival extraño; creí que su pecho volvería á latir por él, y ciego, loco ¿qué dirás que hice?... La arranqué el corazón.

No muy lejos de este sitio, ante las ruínas de un convento, se halla su sepulcro.

Ante su estatua yacente, obra maestra de un hábil escultor, paso mi vida adorándola muerta y rejocijándome de que si mi afortunado rival volviera á verla, aunque ella cual, nuevo Lázaro resucitara, no podría amarle... La infeliz no tiene corazón.

La expresión de Jacinto, al pronunciar las últimas frases, era la de un loco.

En otras circunstancias, sus palabras me hubieran dado lástima ó me hubieran hecho reír; pero en aquella mi espíritu estaba en tal disposición que, sin fijarme en su estado, solo le dije:

—Un favor te pido: llévame á ver ese sepulcro.

Jacinto, sin contestarme, me miró de un modo sombrío, se puso de pie y echó á andar.

Yo le seguí maquinalmente.

Algunos momentos después estábamos en las ruínas de un monasterio que yo había visto algunas veces de lejos.

De aquellos escombros solo parecía haber respetado la mano del tiempo cuatro esbeltos arcos ojivales que se recojían en una bóveda, dejando en su centro un ancho espacio rectangular, que debía haber formado en otro tiempo una capilla.

En uno de sus ángulos se veía un sepulcro de mármol, cuya estatua yacente representaba una mujer.



Cuando Jacinto me la señaló diciendo: «Mírala, esa es...» sentí algo parecido al miedo; lancé un grito, que bien hubiera podido ser un gemido, y murmuré á mi pesar:

—¡Esa es la mujer que yo adoro! Esa es la mujer que yo he visto en mis sueños.

Aguilar me miró de un modo extraño y rugió:

—No me engañaba, no. Tú eres el hombre con que ella soñaba á su vez. Vuestras almas nacidas para unirse han sido separadas por la fatalidad. Pero hoy llegas á su tumba, en ella, ya te lo he dicho, solo aguarda un beso de tus labios para volver á la vida. ¿Qué guardas, insensato?

El acento de Jacinto me helaba la sangre en las venas.

Hubiera querido huir de aquel sitio y sin embargo aquella mujer me atraía con la fuerza con que el acero atrae al imán.

Lancé á mi amigo una mirada ativa, y, como respondiendo á su reto, me precipité sobre la estatua de mármol, y estampé un beso en su boca, blanca como la nieve.

## III.

Aquellos labios se juntaron y volvieron á abrirse al contacto de los míos, sentí la sangre circular por aquel cuerpo, y vi que aquellos párpados de piedra se alzaban para dejar llegar hasta mi su mirada llena de luz.

La voz de Jacinto cayó entonces sobre mi corazón como una lluvia de fuego y con la voz de la venganza satisfecha gritaba:

—¡Tú, tú eres mi rival! Ya nos ha colocado el destino frente á frente. Ya estoy vengado. Recuerda que no tiene corazón. El corazón de aquella mujer representaba mi felicidad.

—Miserable ¿Qué has hecho de él?—exclamé asiéndole del cuello.

Por toda respuesta me señaló el lago que se mecía dulcemente á nuestros pies.

—¿Ves ese lago?—murmuró.—Eu la comarca le llaman el *Lago sin fondo*, porque ninguna sombra ha podido hollar su pié. Bajo sus aguas azuladas descansa el corazón de esa mujer.

Al escuchar sus palabras, el vértigo se apoderó de mí: le solté, sin darme cuenta de lo que hacia, y mirando por última vez á la bella estatua, me arrojé á las profundidades del lago sin fondo.

Una carcajada histérica de Jacinto fué todo lo que oí. Aquella carcajada era mi *De profundis*.

## IV.

El frío de las aguas y el eco estridente de aquella risa me produjeron una sacudida extraña.

Abrí los ojos y me encontré reclinado en el césped, próximo á la sombra de un grupo de castaños. Jacinto dormía tranquilamente á pocos pasos del sitio en que yo estaba.



Excuso decir á Vdes. que cuando el opulento Aguilar despertó, no le dije una sola palabra; sin embargo, á pesar de que la realidad me hacía comprender que todo había sido un sueño, me parecía que me miraba de un modo extraño.

Cuando entramos en la mansión solariega de los Aguilares, Jacinto estaba harto alegre, á pesar de su carácter sombrío.

En su semblante, según su expresión, parecía haber dejado el sueño una marca indeleble.

## V.

A la mañana siguiente, queriendo indudablemente desvanecer mis últimas dudas, me dirigí solo al punto donde suponía ocurrida la última parte de mi extraña pesadilla.

Jamás había oído hablar más que vagamente del lago sin fondo, y no obstante, llegué á él sin titubear.

En una de sus márgenes, y sobre una eminencia cortada á pico, se elevaba una arcada gótica, casi por completo destruida, bajo cuyos arcos se veía un sepulcro coronado por una estatua yacente de una mujer, primorosa obra de un artífice del siglo XV.

Aquella mujer era la misma que yo había visto en mi sueño, la mujer con que desde mi adolescencia sueño.